

Nos situamos en Alejandría, población sediciosa y dada a los tumultos callejeros si hemos de atender a cuanto dicen las fuentes escritas,<sup>1</sup> pero no más que cualquier otra ciudad en la que convivieran distintas sensibilidades religiosas, o algunas de estas quisieran atribuirse papel relevante o principal en la vida ciudadana. Alejandría, con una variedad de credos cristianos que sin duda hubo de ser una dificultad para la convivencia pacífica, sin contar con la población judía, monoteísta como aquellos. A este panorama, un compuesto religioso no fácilmente digerible, hemos de añadir un estrato helenista nada desdeñable con figuras tan señeras en los siglos V-VI como Hierocles, Amonio y Heliodoro, Hermias, Proclo, Damascio e Isidoro, Teosebio, Asclepiodoto, ambos Horapollon, el viejo y el joven, Asclepiades, Heraisco, Epifanio, Euprepio, Harpocras, Pamprepio<sup>2</sup> y ¡cómo no! Hipatia,<sup>3</sup> entre otros.

Era, pues, Alejandría un mosaico cultural y religioso en el que la violencia afloraba de continuo. Ya en 361 tenemos incidentes cruentos y crueles, como el acaecido a raíz del arrasamiento del *adytum* de un Mitreo abandonado y entregado a la Iglesia para que erigiese allí un templo. Se halló el *adytum* durante las labores de limpieza previas a la construcción de la iglesia, y lo allí hallado, restos de la liturgia mitriaca, los cristianos lo pasearon con mofa y befa por la ciudad para exasperación y desesperanza de los paganos que respondieron a tamaña osadía con la masacre de muchos cristianos, y no contentos con ello sacaron al patriarca Jorge de la iglesia. Lo ataron a un camello, lo descuartizaron y lo quemaron junto al camello.<sup>4</sup> Inútil asesinato.<sup>5</sup>

Años más tarde Teófilo, patriarca de Alejandría (384-412), de temperamento arrogante e impetuoso, a quien el fogoso ortodoxo

## ¿INTOLERANCIA O DELIMITACIÓN DE ÁMBITOS DE PODER?

### EL CASO DE ALEJANDRÍA

Francisco Javier Lomas Salmonte

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

1 Amm. Marc. 22, 11, 4; Socr., *HE*, VII, 13; Rufinus, *HE*, 2, 22.

2 *PLRE* II, Ammonius 6; Heliodorus 6; Hermias 3; Proclus 4; Damascius 2; Isidorus 5; Teosebio 1; Asclepiodotus 3; *PLRE* I, Horapollon el Viejo; *PLRE* II, el Joven, F. Horapollon 2; Asclepiades 2; Heraiscus; Epiphanius 2; Euprepus; Harpocras 3; Pamprepus.

3 FOWDEN, G.: «The Pagan Holy Man in Late Antique Society», *JHS*, 102 (1982), pp. 37 y 45-48.

4 Socr., *HE*, 3, 2, 3.

5 Iul., *Ep.* 60, 378 C-380 D. El relato de Amiano Marcelino (XXII, XI) viene completado por el de Sócrates y por él apreciamos la sediciosa Alejandría que no solo osó masacrar al obispo, sino que también asesinó a Artemio, el prefecto de Egipto, al hijo de Marcelo, *magister equitum et peditum*, y mandó al exilio a dos tribunos de las *Scutariorum scholae primae secundaeque*. Jorge, mentor

Teodoreto de Ciro saluda como un varón de singular prudencia y elevado sentimiento varonil: ἀνὴρ πυκνός τε τὰς φρένας, καὶ ἀνδρεῖος τὸ φρόνημα,<sup>6</sup> solicitó de Teodosio legislación que le permitiese demoler los templos paganos, y el 16 de junio de 391 el emperador emitió una ley dirigida a Evagrio, prefecto augustal, y a Romano, *comes Aegypti*, en virtud de la cual quedaba prohibido el sacrificio y la visita a los templos y ordenaba su cierre.<sup>7</sup> Con esta legislación Teófilo se vio con las manos libres para acosar y violentar a los paganos alejandrinos, y lo hizo comenzando la destrucción de un Mitreo y el Serapeo de la ciudad. Y los cristianos recorrieron el ágora con objetos culturales producto del saqueo previo de ambos lugares religiosos. Al ver aquello, no se hizo esperar la respuesta de los paganos, principalmente de su intelectualidad: Ταῦτα οὕτω γινόμενα ὁρῶντες οἱ κατὰ τὴν Ἀλεξάνδρειαν Ἕλληνες, καὶ μάλιστα οἱ φιλοσοφεῖν ἐπαγγελλόμενοι, que consistió en la persecución, caza y muerte de cuantos cristianos pudieron, con la réplica cristiana no menos violenta, aunque menos cruenta. Olimpo,<sup>8</sup> filósofo, se puso al frente del Serapeo, para salvaguardarlo. Aplacose la ciudad cuando ya estuvo saciada de tanta sangre vertida, y fue entonces cuando los paganos conocieron el alcance del desastre que habían producido, y tuvieron miedo. Cuantos pudieron abandonaron la ciudad, entre los cuales Heladio y Amonio huyeron a Constantinopla donde se instalaron como profesores, a quienes tuvo por maestros Sócrates que expresamente lo indica en este lugar de su relato, en tanto que Olimpo huyó a Italia. A la calma siguió el arrasamiento de ambos templos con la activa colaboración de Evagrio y Romano. Solo se salvó por expreso deseo de Teófilo una estatua para que sirviera de escarnio de aquella religión. Contaba Amonio, ya en Constantinopla, que le seguía produciendo gran disgusto la conservación de esta estatua solo para ridiculizar las ceremonias y religión paganas, mientras Heladio seguía envaneciéndose de haber dado muerte a nueve hombres.<sup>9</sup> Teodosio otorgó el perdón a quienes masacraron a los cristianos y concedió la consideración de mártires a los cristianos masacrados. Eunapio relata que Antonino había predicho la destrucción del templo de Menutis, el de Alejandría y tantos otros templos, que se volverían tumbas, vacíos, sin vida –vida pagana, claro–.<sup>10</sup> Con tono pesimista y melancólico lo vaticinó un popular escrito de uno o dos siglos antes, el Asclepio.<sup>11</sup>

Parece desprenderse del relato de la *Vita Severi* que por ese tiempo acometió Teófilo la destrucción del templo de Isis en Menutis.<sup>12</sup> La conversión del templo de Isis en Menutis en iglesia cristiana lo planificó y ejecutó Cirilo su sucesor con lo que pretendió, además, transferir cualidades paganas al acerbo cristiano, pues ahora las curas terapéuticas las llevarían a cabo los mártires cuyas reliquias trasladó al nuevo templo cristiano.<sup>13</sup>

de Juliano, tras su asesinato dejó tan estupenda biblioteca que Juliano quiso hacerse con ella, para lo cual dio las órdenes oportunas: *Epp.* 106, 411 C-D; 107, 377 D-378 C.

6 Theodor., *HE*, 5, 22 (PG 82, 1245).

7 *C.Th.* 16, 10, 11. Cf. con Sozomeno, *HE* 7, 15.

8 De ἱεροδιδάσκαλος lo califica Suda, Ὀλυμπος, que ofrece su semblanza; fr. 91 Zintzen.

9 Socr., *HE*, 5, 16; Cf. con Rufino, *HE*, 2, 23; Sozomeno, *HE*, 7, 15, Teodoreto, *HE*, 5, 22 y *Apophthegmata Patrum* (PG 65, 200 A), por los que sabemos que se valió de una huerte de monjes: Ἦλθον ποτε Πατέρες εἰς Ἀλεξάνδρειαν, κληθέντες ὑπὸ Θεοφίλου τοῦ ἀρχιεπισκόπου, ἵνα ποιήσῃ εὐχὴν, καὶ καθέλι τὰ ἱερά.

10 Eunapio, *VS*, 470-472. Recuerda con una evidente animosidad las atrocidades cristianas en el Serapeo de Canopo, y la figura del santo varón pagano Antonino, al igual que Teodoreto, con evidente animosidad cristiana, describe lo acaecido en la ciudad de Alejandría.

11 *Asclepius*, 24: *tunc terra ista sanctissima, sedes delubrorum atque templorum, sepulchrorum erit mortuorumque plenissima*

12 *PO II, Sévère Patriarche d'Antioche, 512-518. Textes Syriaques publiés, traduits et annotés* par M.-A. KUGENER, Librairie de Paris, 1907, p. 19.

13 FERNÁNDEZ, N.: *Los Thaumata de Sofronio: Contribución al estudio de la incubatio cristiana*, Madrid, CSIC, 1975, p. 22; ATHANASSIADI, P.: «Persecution and Response in Late Paganism: The Evidence of Damascus», *JHS*, 113 (1993), p. 15.

Poco después Teófilo protagonizó un desencuentro con los monjes del desierto a propósito de la corporalidad o no corporalidad de Dios, sobre lo que disputaban los monjes entre sí. Teófilo era de la creencia de que Dios era incorpóreo y no tenía forma humana, refutando la doctrina contraria en la Iglesia. Sabida esta creencia de Teófilo, los monjes antropomorfitas abandonaron sus monasterios, bajaron a la ciudad y acusaron al obispo de impiedad queriendo darle muerte. Se libró de la acusación de impiedad y quizá de la muerte al condenar los libros de Orígenes, porque afirmaba la incorporeidad de Dios, desdiciéndose así de sus propias convicciones; mas no lo hizo por convencimiento, sino por venganza de los cuatros hermanos.<sup>14</sup> Los monjes se aplacaron, pero entonces ocurrió que al objeto de controlar a aquellos iletrados eremitas y cenobitas maquinó para demoler la autoridad de los cuatro hermanos –Dioscuro, Amonio, Eusebio y Eutimio– que eran los prepositos de los asceterios egipcios. A uno, Dioscuro, lo promocionó al episcopado de Hermópolis, y a otros dos los convenció para que administrasen la sede alejandrina: τὴν οἰκονομίαν τῆς ἐκκλησίας αὐτοῖς ἐνεχείρισεν, pero los ecónomos, apercebidos de su avidez de riquezas y tren de vida: ὀρῶντες τὸν ἐπίσκοπον χρηματιστικὸν τε μετερχόμενον βίον, declararon querer volver a la ascética soledad. Conocedor Teófilo del motivo de la renuncia, maniobró contra ellos y contra Dioscuro, acusándolos ante los monjes, la mayoría analfabetos o casi: τοὺς πολλοὺς δὲ ἀγραμμάτους ὄντας, de origenistas, con el consiguiente estallido de violencia entre monjes origenistas y antropomorfitas, de suerte que Teófilo se hizo con el control de los asceterios.<sup>15</sup>

Cirilo, sucesor y sobrino de Teófilo, no le fue a la zaga. Nada más acceder al patriarcado tras la muerte de Teófilo (15 de octubre de 412) con la oposición de parte de la feligresía abanderada por Abundancio, *magister militum* para Egipto, procedió por las buenas a la clausura de las iglesias novacianas, se hizo con todos los objetos litúrgicos y despojó de todos sus bienes al obispo novaciano Theopemptus.<sup>16</sup>

Al poco surgió un conflicto entre ortodoxos y judíos, aprovechado por Cirilo para manifestar su poderío frente a Orestes, el prefecto augustal.<sup>17</sup> El violento incidente es también de sobra conocido, pues se engarza naturalmente con el alboroto de los monjes de Nitria en las calles alejandrinas y el posterior asesinato de Hipatia, y actúa, al parecer, como una de sus causas. En la ocasión el patriarca, que se excedía en sus funciones hasta el punto de injerirse en los cometidos del delegado imperial, expulsará de la ciudad a los judíos, pues le disgustaba que se divirtiesen en el teatro –lugar ideal para que la violencia se desatase– el día del sábado. Orestes era contrario a esas demasías sobre todo protagonizadas al parecer por los judíos y aprovechó la presencia de tal multitud allí congregada, en su mayoría judíos, para publicitar normas ciudadanas: οὕτω δὲ ὀνομάζειν εἰώθασιν τὰς δημοτικὰς διατυπώσεις, que regulasen los espectáculos. De la multitud se destacó un follonero de nombre Hierax, gramático de profesión y entusiasta partidario de Cirilo.<sup>18</sup> Tan pronto como lo vieron los judíos le señalaron a Orestes como un elemento perturbador y antisistema. El prefecto augustal mandó arrestarle y le sometió a tortura allí mismo. En vez de lanzarse contra el prefecto, Cirilo se lanzó contra los judíos con fuertes amenazas que fueron respondidas con mayor virulencia por parte de estos. La violencia engendró más violencia. El resultado fue violentos enfrentamientos callejeros entre judíos y cristianos. Los judíos determinaron atacar a los cristianos de noche, y a tal efecto urdieron una trama que dio resultado y les

<sup>14</sup> Socr., *HE*, 6, 10.

<sup>15</sup> Socr., *HE*, 6, 7.

<sup>16</sup> Socr., *HE*, 7, 7.

<sup>17</sup> *PLRE* II, Orestes 1.

<sup>18</sup> *PLRE* II, Hierax 2.

permitió una buena matanza de ellos. Sabida la estratagema, Cirilo pasó a la ofensiva: incendió las sinagogas, se hizo con sus riquezas y expulsó de la ciudad a los judíos. Muy indignado, Orestes escribió al emperador; pero también lo hizo Cirilo. Lo que escribió Orestes no lo sabemos, pero lo imaginamos: le transmitiría a Arcadio la usurpación de funciones que eran de competencia del prefecto augustal. Lo que escribió Cirilo fue el ultrajante comportamiento de los judíos para con los cristianos.<sup>19</sup>

Por cuanto estamos viendo no es extraño que Orestes manifestase su animosidad hacia Cirilo. El patriarca asumía competencias que no le eran propias. Más allá del control de la Iglesia nicena alejandrina, Cirilo se comportaba como un funcionario imperial, cosa nunca conocida con anteriores patriarcas. Prueba de ello fue, lo hemos dicho, el asalto y toma de la iglesia novaciana, llegando incluso a despojar de sus propios bienes a su obispo, y la expulsión *motu proprio* de los judíos. Resultaba evidente la invasión de Cirilo en los ámbitos de la jurisdicción del prefecto augustal. No resulta, por ende, extraña la actitud y comportamiento de Orestes quien encuentra en cualquier ocasión motivo para arremeter contra Cirilo. En el incidente del teatro no parece que Hierax estuviese alterando el orden, aunque lo hayamos tachado de follonero. Los judíos allí presentes le indican al prefecto meramente su presencia, pero esta su presencia –y sabido su temperamento sedicioso y la cualidad de *hooligan* de Cirilo y que estaba allí para transmitirle cuanto se estaba diciendo– le bastó y sobró para arremeter contra el patriarca en su persona, infligiéndole una vergonzosa tortura por cuanto fue pública y por cuanto fue satisfacción y regodeo, creemos, de los espectadores judíos. Pero la violencia nunca viene sola. Crispó a Cirilo el vejatorio trato dispensado por Orestes a Hierax, más vejatorio por ser público y en presencia de los judíos, y le respondió también indirectamente, con graves amenazas a los judíos que finalizaron con violencia: expulsión de la ciudad, quema de sus lugares de culto y expolio de todos sus bienes. Así pues, tenemos un patriarca que se considera, por sus actos, más allá de la ley, un funcionario imperial que asiste, menoscabada su autoridad, a unas actuaciones a las que no puede poner freno, una animosidad mutua, una violencia que percola la ciudad entera. Al final, Cirilo tiende la mano a Orestes, busca la reconciliación, pero no parece que Orestes esté dispuesto a ella. Sócrates es quien transmite estos hechos y, aunque su tendencia religiosa sea novaciana, su fiabilidad no podemos fácilmente negarla.

Un nuevo incidente surgió en Alejandría, y de nuevo los protagonistas son un colectivo, la corriente religiosa liderada por Cirilo, de un lado, y las fuerzas del orden en la persona de Orestes, de otro. De parte de los cristianos tenemos a los monjes quienes bajaron del desierto de Nitria a Alejandría en número aproximado de 500 al objeto de ajustar cuentas con Orestes. El patriarca recurre al mismo procedimiento que utilizara su antecesor Teófilo: la utilización como punta de lanza de aquellos monjes iletrados para sus propios intereses. Ya en Alejandría, al toparse con el prefecto augustal comienzan a intimidarle tildándole de pagano e idólatra, a lo que contesta, para librarse del acoso, que es cristiano niceno y ha sido bautizado por Ático, patriarca de Constantinopla.

Esa respuesta quizá inflamara más los ánimos exaltados de los monjes, pues mentar Constantinopla a los alejandrinos reabría heridas mal curadas. Dos sucesos en la presente ocasión se habían encajado: la expulsión de los asceterios egipcios de los cuatros hermanos que buscaron en su desierto amparo en la corte imperial, y la expulsión de la sede constantinopolitana de Juan Crisóstomo, mediando la corrupción de obispos por parte de Cirilo y el instrumento que fue el sínodo de la Encina acaecido en 403.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Socr., *HE*, 7, 13.

<sup>20</sup> La información más rica en detalles la proporciona Sócrates, *HE*, 6, 9-17, y Paladio, *Dialogus de vita Joannis Chrysostomi*, caps. 7-9 (*PG* 47, 24-34). El relato de este, muy vivo, tiene siempre en su punto de vista la mala fe sartriana de Teó-

Sin mediar más palabras un monje de nombre Amonio lanzó una piedra que dio en la cabeza de Orestes ensangrentándola. La guardia que le escoltaba se puso en fuga por temor a ser lapidada, mas algunos de quienes se encontraban en el escenario de la refriega acudió en su auxilio, apartó a los monjes y aprehendió a Amonio, a quien Orestes sometió a tormentos tales que le ocasionaron la muerte. Escribe al emperador contándole lo sucedido, pero también Cirilo le escribe, aportando una relación de los hechos bien distinta, tras lo cual recobró el cadáver del monje y lo inhumó en una de las iglesias nombrándolo Taumasio: 'Θαυμάσιον' ἐπεκάλεσε con la consideración de mártir por la defensa de la piedad: ὡς ἀγῶνα ὑπὲρ εὐσεβείας ἀνελομένου. Pero esta acción, dice Sócrates, no la aprobaron todos los cristianos, pues sabían que lejos de perder la vida por la defensa de la fe, sufrió justo castigo por su insolencia.<sup>21</sup> La enemistad de Cirilo y Orestes iba *in crescendo* y se alimentó con un nuevo incidente, el asesinato de Hipatia.<sup>22</sup>

Un nuevo episodio de violencia en Alejandría tuvo lugar unos setenta años después del asesinato de Hipatia. Lo conocemos por una fuente contemporánea, la *Vita Severi* escrita por Zacarías Escolástico. El original griego se ha perdido, pero conservamos una copia en siríaco.<sup>23</sup>

Paralio, procedente de Afrosias de Caria, se trasladó a Egipto para estudiar gramática con Horapollon, con fama de buen maestro y adicto a las artes mágicas. Al emprender el viaje, sus hermanos, paganos como él, le dicen que bajo ningún concepto se acerque a ver a su otro hermano, Atanasio, de profesión monje en el monasterio de Énaton, próximo a Alejandría. Sin embargo, pudo más el deseo de ver a su hermano y a tal efecto se traslada al monasterio donde reside con otros monjes de los cuales Esteban es su más cercano, y Salomón el superior de ellos. Quedó seducido por la conversación habida entre Atanasio, Esteban y él mismo, por los argumentos de los monjes para los que no tiene respuesta –conversaciones divinas–, por lo cual le aconsejan que someta los razonamientos cristianos a sus maestros: Horapollon, Heraisco, Asclepiodoto, Amonio e Isidoro. Así lo hizo, pero Paralio no halló respuestas convincentes.

A continuación, ocurrió el siguiente hecho. Asclepiodoto, entregado a la magia y a advocaciones demoníacas, casado, pero sin poder esperar descendencia a causa de la esterilidad de su esposa, se deja conducir por un oráculo para lograr la fertilidad de su cónyuge al templo de Isis en Menu-tis, cerca de Canopo.<sup>24</sup> Allí, por consejo del sacerdote, se acuesta junto a la estatua de Isis (una *incubatio*, sin duda), para más tarde tener relaciones con su esposa al objeto de dejarla embarazada, pero fue en vano. Entonces, el sacerdote les dirige al pueblo de Astu, donde reside una sacerdotisa cuyo bebé adoptan y con el que volvieron a Alejandría, ufanándose Asclepiodoto de que una mujer estéril durante tanto tiempo hubiese alumbrado un niño.

filo. El hecho de convivir a la sazón con el patriarca le permitió tener información de primera mano de todo el *affaire*. Véase también Sozomeno, *HE*, 8, 11-17. Focio conoció las Actas del sínodo y en el *cod. 59* nos dice que sus actores fueron a la vez acusadores, jueces y testigos, presentando 27 cargos contra Juan Crisóstomo, voluntariamente ausente, y donde salen a relucir como origenistas Eutimio y Eusebio, entre otros.

21 Socr., *HE*, 7, 14.

22 Phil., *HE*, 8, 9; Socr., *HE*, 7, 15; Suda, Ὑπατία (procedente de Damascio); MALALAS: *Chronographia* (Dindorf, ed.), 14, p. 359; NIKIU, J. de: *Chronique de Jean* (Zotenberg, ed.), 84, pp. 344-346; HESIQUIO EL ILUSTRE: *FHG*, 4, p. 176.

23 PO II, Sévère Patriarche d'Antioche, 512-518, 8-36. Un análisis detallado de este episodio lo realiza WATTS, E.: *Riot in Alexandria: Tradition and Group Dynamics in Late Antique Pagan and Christian Communities*, Berkeley, University of California Press, 2010; para su contexto histórico, WATTS, E.: «Winning the Intracommunal Dialogues: Zacharias Scholasticus' Life of Severus», *Journal of Early Christian Studies*, 13/4 (2005), pp. 437-464; TROMBLEY, F.R.: *Hellenic Religion and Christianization c. 370-529*, Leiden, Brill, 1993, pp. 3-15; ATHANASSIADI, P.: «Persecution and Response in Late Paganism: The Evidence of Damascius», *JHS*, 113 (1993), pp. 19-20.

24 Había sido destruido por Teófilo y el que aquí se menciona estaba ubicado en una casa. Una casa-templo.

Paralio, que lo ha oído de Asclepiodoto, cuenta a su hermano Anastasio esta historia como un verdadero milagro. Si ha parido esa mujer, dice Esteban, tendrá leche para amamantarlo. Pregunta a sus maestros si así es. Mas estos no admiten duda del relato de Asclepiodoto, y ante esta fe del carbonero, Paralio comienza a alejarse de las doctrinas de los paganos, y se mofa de sus maestros y del resto de los paganos.

Sus compañeros paganos no admiten los sarcasmos y reproches de Paralio y lo muelen a palos. Se aleja y se refugia entre compañeros de escuela cristianos, quienes lo acompañan, malherido, a Énaton.

Sabedor Salomón de estos hechos, con un grupo de monjes se dirigen a Alejandría y le cuentan lo acaecido al patriarca Pedro Mongo (477-489), quien les indica que eleven una denuncia al prefecto augustal Enrichios, cristiano criptopagano y con un ayudante evidentemente pagano que les pidieron que la acusación fuese escrita. La escribió el mismo Paralio y en ella acusó a distintas personas de ofrecer sacrificios paganos y de haberle causado lesiones. Los acusados, entonces, se ponen en fuga, entre ellos Horapollon.

De vuelta a Énaton Esteban pide a Paralio le diga dónde están los ídolos, mientras el patriarca les proporciona como acompañantes a parte del clero alejandrino y monjes del monasterio de Tebenesiotos, cerca de Canopo. Emprendieron el camino a Menutis y llegados allí vieron multitud de ídolos y el altar cubierto de sangre. Quemaron muchos de ellos, los que eran de madera, mientras que los de bronce, mármol y otras piedras los guardaron consigo hasta que el patriarca dijese qué hacer con ellos. A la mañana siguiente derribaron la casa-templo por orden del patriarca.

En Alejandría el pueblo cristiano, conocedor ya de estos hechos, se alza contra Horapollon a quien llaman *Psychapollon* (quien pierde las almas), y como animadores se encuentran los cristianos Hesiquio y Menas, mientras el patriarca lee en la iglesia la descripción detallada de los ídolos hallados que le ha sido entregada. Al oír esta descripción el pueblo cristiano se inflama, empieza a recoger ídolos, los amontona, hace una pira con ellos y les prende fuego. Poco después llegaron a Alejandría desde Menutis los ídolos hasta entonces guardados y con ellos, detenido, el sacerdote de Isis. Fue entonces cuando el patriarca convocó al prefecto augustal, al capitán de las tropas, a todos cuantos ocupaban algún cargo en la ciudad, al Senado, a los notables y a los propietarios, a modo de amplio tribunal, mientras el pueblo cumplía la función de espectador. Pedro Mongo toma la palabra e interrogó al sacerdote de Isis sobre los ídolos, qué era cada uno de ellos, y sobre la patraña de la preñez de la mujer de Asclepiodoto. El sacerdote confesó todo y afirmó que, efectivamente, fue una patraña.

Esto es lo esencial del relato. Paralio se comportó, nosotros diríamos que como un provocador. Desde el punto de vista del narrador, Paralio habló con franqueza, pero el resultado fue el estallido de la violencia porque sus compañeros paganos reaccionaron a lo que consideraron blasfemo en términos religiosos e insultante e indignante en términos profanos. Salieron en defensa de sus creencias y las de sus maestros, lo que es lo mismo: defendieron su territorio religioso de los ataques verbales de Paralio. Desatada la violencia en el entorno escolar, lo trascendió y alcanzó el entorno monástico y episcopal, universalizó el conflicto, y desde Alejandría se aprovechó el incidente para criminalizar al enemigo y hacerle daño donde más había de dolerle, en un ámbito bien conocido: las prácticas mágicas, dándose a la agresión de sus objetos de culto, a su demolición, a su paseo por las calles de la ciudad con el subliminal mensaje de la afirmación del dominio cristiano sobre sus conciudadanos paganos, de la Iglesia alejandrina como institución dominante en la ciudad.

Hemos expuesto siete casos de violencia en Alejandría que van de 361 a ca. 485. Siete conflictos que hemos de considerar facetados, poliédricos, complejos a la hora de analizarlos. Lo fácil se-

ría decir que el desencadenante de estos conflictos fue la intolerancia religiosa de la comunidad ortodoxa alejandrina como ha querido ver una parte de la historiografía desde la aparición del, por otra parte luminoso, estudio de E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*.<sup>25</sup>

Estos conflictos nos enfrentan a un cristianismo que quiere abrirse paso, desarrollarse, ampliar su base social, en un medio que no es hostil, solo aparentemente hostil, pues lo normal era la convivencia ciudadana pacífica, sin segregación ni *ghettos*, en la que sin distinción de identidades, de religión, raza o cultura, estaba mezclada la población. También en las escuelas, como en el caso de Hipatia, que tenía amigos cristianos como Orestes, prefecto augustal, y entre sus discípulos contaba con cristianos, como Sinesio de Cirene, o la escuela a la que asiste Parolio con maestros paganos, y cristianos como Menas, y alumnos paganos y cristianos. Para abrirse paso en la sociedad y consolidarse como la primera fuerza en la ciudad, el cristianismo recurrió a la estrategia de crear fronteras y de ampliar su territorio frente a otras religiones, entendiendo por tales no solo otras corrientes cristianas, sino también los *ἑλληνοισταί*, lo que Thomas Sizgorich denomina *communal boundaries*.<sup>26</sup> Pero la teoría de las fronteras no explica todos los conflictos, pues el acaecido entre Teófilo y los monjes del desierto tiene otras connotaciones, al igual que la toma de las iglesias y bienes novacianos por Cirilo. En estos casos no hay un pulso, una tensión, entre obispo y autoridad imperial, sino que son conflictos internos en los que es la coerción la que juega un papel decisivo.

En todos estos casos se trata de violencia colectiva<sup>27</sup> en la que encontramos dos bandos o grupos, cada uno de los cuales con su jefe de filas, que buscan o se ven abocados al enfrentamiento que se salda con lesiones físicas, incluso la muerte, que arrasan lo considerado el alma del otro, lo significativamente relevante de la identidad del otro, los templos, y con agresiones a objetos o lugares considerados como santo y seña de la identidad de los grupos en disputa, como lo más sagrado y lo que produce un alto grado de cohesión en el grupo. La violencia colectiva viene caracterizada con una pública demostración del poderío del grupo y una toma de las calles y espacios públicos, en ocasiones tan emblemáticos como el *ágora*. Tales son sus medios de actuación. El propósito es el de afirmar su identidad frente a los otros, el de mostrarla como la más fuerte, la única posible en la ciudad, el de doblegar el ordenamiento civil a la fe verdadera encarnada por la comunidad ortodoxa y visible a través de su cabeza, el patriarca.

Estas notas se producen y muestran en los incidentes de 361. De un lado los paganos, de otro los cristianos quienes toman posesión de ámbitos religiosos paganos y los arrasan, con la activa participación de los delegados imperiales, confundiendo ambas esferas la política y la religiosa en beneficio de esta última. Treinta años después encontramos el mismo guion, de un lado, Olimpo con otros *ἑλληνοισταί*, de otro, Teófilo. Menos de una década después hallamos dos cabezas bien visibles y antagonicas, Cirilo y Orestes –cristiano como el patriarca–, pero el enfrentamiento era entre la Iglesia alejandrina y el ordenamiento civil. Poco después nuevo conflicto entre el poder religioso y la autoridad civil, Cirilo y Orestes, sacando Cirilo de nuevo sus huestes a la calle, en esta ocasión monjes venidos del desierto de Nitria, y antes de 415 se repite o reanuda el conflicto con los mismos actores, la turba cristiana y la turba pagana, y como en todos los anteriores con el ingredien-

25 DRAKE, H.A.: *Constantine and the Bishops: The Politics of Intolerance*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2000, desecha con sólidos argumentos la intolerancia como razonamiento o explicación de la violencia, e incide sobre todo en la teoría de la coerción.

26 SIZGORICH, Th.: *Violence and Belief in Late Antiquity: Militant Devotion in Christianity and Islam*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2009, pp. 1-20.

27 TILLY, Ch.: *The Politics of Collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, *Varieties of violence*, pp. 1-25, sobre todo p. 3.

te de lesiones físicas e incluso muertes. El guion se vuelve a reescribir ca. 485, dos bandos, el de los ἐλληνηισταί, con significados intelectuales, y la grey alejandrina a la que se suman monjes de al menos dos asceterios y Pedro Mongo como cabeza visible de ellos, y de nuevo lesiones físicas de por medio. Lesiones y muerte de las que no se libraron en todos estos conflictos los delegados imperiales, el obispo Jorge, o las *prime ballerine* el gramático Hierax, el monje Amonio, y los que se salvan es porque toman las de Villadiego, caso de Olimpo, Amonio, Heladio, Horapollon.

Todos estos casos se saldan con la demolición y toma de los templos paganos, con la apropiación de objetos litúrgicos y de culto inherentes a esos sacerdocios y sistemáticamente exhibiéndolos como mero escarnio de la religión pagana, y a mayor dolor causado más poderío mostrado. Se reivindicaban las calles de la ciudad alejandrina, y en concreto el ágora, como espacio público cristiano con una procesión que adopta un carácter ritual con graves agresiones a sus objetos de culto. La escena que transmite la *Vita Severi* con la formación de un tribunal presidido por el patriarca y al que por su mandato asisten el Senado como institución y los notables de la ciudad, previa quema de las estatuillas confiscadas, no puede ser más ilustrativo.

Allí donde se producen muertes violentas, estas responden al mismo patrón. Son ejecuciones públicas, en espacios públicos previamente tomados y poseídos como propios, y con arreglo a un ritual crudelísimo que incluye el despedazamiento de sus cuerpos para su posterior cremación. La semejanza entre la muerte de Jorge de Alejandría en 361 y la de Hipatia en la Cuaresma de 415 es manifiesta, como lo fue también la de Proterio en 457, que la recoge, entre otras fuentes, el Concilio de Calcedonia.<sup>28</sup>

Distintos son los casos del conflicto desatado entre Teófilo de Alejandría y los monjes del desierto, y la toma de las iglesias y bienes novacianos por Cirilo de Alejandría. Los asceterios egipcios eran un hervidero de personas con muy escasa, si alguna, educación. En su mayoría analfabetos, iletrados, poseídos por una militancia religiosa agresiva, que seguían a cierra ojos, a sus líderes espirituales; un conjunto nada homogéneo en el que campaban por sus fueros distintas opiniones teológicas. En la presente ocasión hay una evidente división de opiniones; mientras unos se manifiestan antropomorfitas, los más, otros, los menos, se confiesan origenistas, pero de este lado se inclina públicamente Teófilo de Alejandría, el otro polo del conflicto, con ambición para detentar todo su poder en todo el ámbito de la sede alejandrina, monasterios incluidos. Habrá que recordar que en la provincia eclesiástica de Egipto no se hacía nada sin el consentimiento y la voluntad del patriarca, como testimonian los diez obispos egipcios asistentes al Concilio de Calcedonia que no suscriben el credo de León I hasta tanto no contasen con nuevo patriarca, a la sazón estaba vacante la sede,<sup>29</sup> y de la que tenemos además buenos ejemplos en el epistolario de Sinesio de Cirene.<sup>30</sup>

Se trata ni más ni menos de una relación conflictiva, de una violencia *intraeclesiástica* por ver quién se alza con la hegemonía religiosa. Lo que está en juego es el control en el interior de la frontera con el propósito de definir una identidad, de afianzar un modo de entender el cristianismo, y para ello se servirá el patriarca de la cizaña que introduce en el campo cenobítico provocando el desafecto de los monjes a sus prepositos para a continuación condenarlos al destierro, y de esta forma, ya sin enemigos internos, afirmar su indiscutible autoridad también entre los monjes. Una violencia coercitiva.

<sup>28</sup> MANSI, J.D.: *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio*, Florentiae, 1762, VII, cols. 540 y ss. Véase también, como complemento, el *Synodus Alexandrina a Proterio episcopo*, *ibid.*, cols., 869 ss.

<sup>29</sup> MANSI, J.D.: *Sacrorum conciliorum nova et amplissima...*, *op. cit.*, VII, cols. 53 y ss.; canon 30, col. 372. No es un canon propiamente dicho –cuenta con 27 cánones–, sino una proposición de Pascasino.

<sup>30</sup> *Epp.* 66-69, 76.



En el episodio novaciano Cirilo afirma, contraviniendo la legislación imperial que no afectaba a novacianos en materia religiosa, su autoridad y su poder –extralimitándose en sus funciones–, expulsándoles de la ciudad por vía metafórica. Se trata de un conflicto *intereclesial* en el que el arma que esgrime es la fuerza, la coerción, al objeto de afirmar la identidad en el seno de la comunidad ortodoxa, de afirmar las diferencias, de precisar los elementos identitarios, de reforzar y consolidar el interior de la frontera, de borrar también la identidad del otro.